

EB

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 497

50 CTS.



Un marino
afortunado

POR
Victor Mac Laglen
Fifi Borsay
El Brendel

Número extraordinario

FilmoTeca
de Catalunya



MARINO AFORTUNADO

WALSH, RAOUL

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: | Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco-Mario Bistagne | TELÉFONO 18551

Año IX BARCELONA N.º 497

Hot for Paris, 1929

Marino afortunado

Divertido asunto, interpretado por
Víctor Mac Laglen, Fiff Dorsay y El Brendel, ✓
entre otros notables artistas

y Polly Moran



Es un film FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LAWRENCE TIBBETT

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Marino afortunado

Argumento de la película

I

Al saberse el billete que había sido premiado en la lotería del *Grand Prix*, en la pista de Longchamps, se ofreció un serio inconveniente.

El agraciado no se presentaba a cobrar la importante suma, y la junta administrativa logró averiguar que el poseedor del premio era tripulante de una goleta que iba a partir de un momento a otro.

Además de esto, sólo sabían que el afortunado marino se llamaba Duke y que el nombre de la goleta era "Diamante".

La junta administrativa, después de larga deliberación, resolvió que uno de sus miembros se encargara de buscar al tal Duke para entregarle el cheque, y por unanimidad se reconoció que el más indicado para ello era el señor Gouset, un grave y barbudo caballero, honrado hasta la exageración, en el que la junta tenía confianza.

—Perfectamente—dijo el barbudo y austero señor Gouset—. Buscaré a ese marino y le haré millonario. Para el honor de la Sociedad conviene que el premio se entregue en seguida. Con gusto haré cuantos gastos sean precisos para dar con el afortunado marino. Mi secretario y camarada, el señor Pomdeter, me acompañará. *Au revoir, messieurs...*

Y, dando la mano a todos sus camaradas, se lanzó a la calle acompañado de su secretario.

Tomaron un taxi y cuando llegaron al lugar en que estaba amarrada la goleta

se enteraron de que había partido en dirección al Havre.

—No importa —exclamó el señor Gouset dirigiéndose a su secretario—. Iremos al Havre. Y al fin del mundo iríamos si preciso fuera, con tal de salvar el honor de la Sociedad.

Y añadió dirigiéndose al taxista:

—¡Chofer, al Havre!

* * *

Duke, muy lejos de suponer que era millonario desde hacía algunas horas, se divertía con sus compañeros en la cubierta de la "Diamante", en tanto la goleta surcaba las aguas azules con graciosa ligereza.

Duke era un mocetón alto y fornido, de facciones un tanto irregulares, pero tan

simpático, que se comprendía la chifladura que por él tenían las muchachas de todos los puertos. Y es que Duke amaba dos cosas sobre todas las demás: el mar y las sirenas... pero las sirenas de tierra. A estas dos aficiones seguían algunos nombres de bebidas famosas.

Duke había comprado el billete y después se acordó de que tenía varias citas aquella tarde, por lo que tuvo que ausentarse del hipódromo.

En el momento en que la suerte caía sobre su nombre como un chorro de oro, Duke estaba en un merendero con una muchacha que tenía un lunar en la barbilla y poco después, cuando se reunió la junta de administración, se hallaba bailando con otra joven que carecía de lunares visibles, pero que tenía otros encantos que se evidenciaban palpablemente, dicho sea en el buen sentido de la palabra.

Y cuando el señor Gouset salía de la Sociedad, él estaba en la goleta recogiendo el último cable.

Se acordaba de la muchacha del lunar y de la otra, del coñac y del vino de Bur-

deos, pero no tenía la menor idea acerca de aquel billete que había echado al bolsillo y que ahora equivalía a una cifra que llevaba seis ceros a la derecha.

Ya en marcha la goleta, el trabajo se redujo considerablemente a bordo y Duke pudo tumbarse en el castillo de popa para soñar.

Un marinero se acercó a él. No trataremos de describir aquella cara que parecía hecha para inspirar a los fabricantes de caretas de carnaval. Sólo daremos el detalle de que Axel, que así se llamaba el marinero, no sabía ponerse serio ni cuando estaban a punto de naufragar.

—¿En qué piensas, Duke?—preguntó a su compañero.

—En las faldas.

—¿Te has hecho modisto?

—Al decir faldas quiero decir mujeres.

—Siempre serás el mismo.

—En eso estamos al cabo de la calle.

—Entonces, cuando llegemos al Havre...

—Cuando llegemos al Havre va a ser el apoteosis. Las muchachas bonitas abun-

dan allí tanto como la grava en los jardines y las estrellas en el cielo.

—Siempre dices las mismas frases, Duke.

—No pretenderás que sea un Víctor Hugo.

—Pero, oye, Duke, ¿cómo estás tan contento yendo al Havre? ¿No te acuerdas de que estuviste a punto de ser encarcelado?

—Sí, Axel, lo recuerdo perfectamente. Una taberna, unos tipos que se metieron con los Estados Unidos y una algarabía infernal en que yo quedé con un ojo hinchado y los nudillos desollados a fuerza de atizar directos y crochets. Después me persiguió la policía, pero yo conseguí escapar. Ya ves que tengo buena memoria, Axel.

—Sí, sí, pero también la tiene la policía. Los agentes del Havre tiene fama de listos.

—Lo sé, pero ¿qué quieres que haga, que me eche a llorar?

—Echarte a llorar precisamente, no. Pero pensar en el asunto seriamente no

estaría de más. Creo que mientras la goleta esté en el Havre no debes salir de tu camarote.

—¿Tan estúpido me crees, Axel? ¿Dejar yo a las muchachas del Havre por la policía? ¡Ni aunque en el aire viviera Sherlock Holmes!

—Eres incorregible, Duke. Las mujeres van a ser tu perdición.

—Nunca puede perder a nadie la mujer. Son como palomas blancas...

—Que embellecen con su trémulo vuelo el cielo de nuestro corazón—terminó Axel—. Te lo he oído decir tantas veces que lo sé de memoria.

No pudieron seguir hablando. Toda la tripulación se había reunido en la cubierta y los llamaban para que tomaran parte en una fiesta improvisada.

Se cantó, se bailó, se hicieron ejercicios de fuerzas, se contaron cuentos del color de la lechuga y Axel hizo varias imitaciones de artistas de cine, para lo cual se pintaba solo.

Y la fiesta no cesó hasta que aparecieron en la lejanía las casas del Havre.

II

Duke y Axel desembarcaron apenas los dejaron en libertad y se adentraron por una calle que desembocaba en el punto donde había atracado la goleta.

Por el otro lado entraron al mismo tiempo dos personajes, uno de los cuales era poseedor de luengas barbas.

—A buen seguro, señor Gouset, que la “Diamante” ha llegado ya.

—Así lo creo, amigo Pomdeter.

—Mire. Precisamente vienen hacia nosotros dos marineros. Ellos podrán darnos razón.

En efecto, los dos marineros que no eran otros que Duke y Axel, iban hacia Gouset y Pomdeter, pero, al verlos, de buena gana habrían tomado otra dirección. Los miraban con una fijeza sospechosa, con una fijeza detectivesca o poli-cíaca.

—Estamos perdidos, Duke—dijo Axel en voz baja.

—Silencio y serenidad—repuso el bravo Duke.

El señor Gouset les detuvo.

—¿Podrían decirme dónde está la goleta “Diamante”?

—Con mucho gusto, señor—repuso Duke cortésmente—. Al final de la calle la encontrarán.

—Gracias, señores. Ahora otra pregunta. ¿Conocen a un marinero llamado Duke?

—¡Oh!—exclamó Duke— Somos íntimos amigos suyos. ¿Le buscan ustedes? ¿Sí? Pues en la “Diamante” lo encontrarán haciendo media. ¡Una extravagancia! ¡Vayan, vayan ustedes! Se alegrará de verles. Bueno, señores, ustedes sigan bien.

Y se fueron más que de prisa, dejando plantados al señor Gouset y a su secretario Pomdeter, los cuales se miraron un tanto extrañados al ver que de pronto echaban a correr.

—Deben de estar entrenándose—dijo el secretario.

—A buen seguro. Pero es el caso que yo juraría haber visto comprar un billete a ese marinero en Longchamps.

—En el barco nos enteraremos, señor Gouset.

—Tiene usted razón.

Fueron al barco y lo que allí supieron era que Duke acababa de salir.

—Me extraña que no se hayan cruzado ustedes, pues él y su amigo iban por esa misma calle hace un momento—dijo el maquinista.

—¿Acaso se refiere usted a un mocetón que me lleva a mí cosa de palmo y medio y el cual iba con un compañero de ojos pequeños, boca pequeña y...?

—Los mismos, sí, señor. Ese mocetón que le lleva a usted palmo y medio es Duke.

—¡Oh! Me lo figuraba. No comprendo por qué me habrá engañado. El caso es que tengo que darle una importantísima noticia. ¿Dónde creen ustedes que le podremos encontrar?

—Eso es sumamente fácil. No tienen más que ir donde hayan mujeres y le encontrarán. Es infalible.

Y el austero barbudo y su secretario volvieron sobre sus pasos y, acallando su dignidad de hombres serios comenzaron a visitar los numerosos tronos que el Havre ha dedicado a Fémina.

* * *

Duke y Axel se habían refugiado en una taberna con honores de cabaret y pronto se olvidaron del desagradable encuentro.

Un racimo de muchachas, más o menos lindas, pero todas jóvenes y alegres, rodearon en seguida al simpático marinero.



...se habían refugiado en una taberna con honores de cabaret...

Duke estaba en sus glorias. A todas las convidó y a todas les midió la cintura con sus atléticos brazos.

Axel tuvo que resignarse a flirtear con una voluminosa camarera que era la única

cuyo peso se había negado Duke a comprobar.

El donjuan de goleta tuvo que dar un sorbo de cada copa para que ninguna se enfadara, y además, se bebió las que le sirvieron a él, de modo que transcurrida una hora, Duke se sentía tan feliz como si supiera que era millonario.

No era un Caruso, pero tenía mucha gracia para cantar y recreó los numerosos femeninos oídos con un cuplet que se titulaba "Soy el duque de Kakiak" y otros de títulos igualmente sugeridores.

Llegó un momento en que en el rostro de Duke no había un sólo milímetro cuadrado donde no se vieran huellas de carmín, y llegó otro momento que Duke no hubiera querido que llegara jamás.

En la puerta habían aparecido el señor de la barba y su secretario y se dirigían hacia el marinero con los brazos abiertos y diciendo:

—¡Gracias a Dios!

Entonces gritó Duke:

—¡Cuidado, Axel!

Y dejándose caer en el suelo, entre las



Duke estaba en sus glorias.

veinte o treinta piernas de las muchachas, se salió de aquel delicioso laberinto para ganar la puerta a gatas sin que sus perseguidores le vieran.

Axel siguió su ejemplo, de modo que se reunieron junto al portal, donde se pusieron en pie rápidamente y emprendieron una carrera digna de dos campeones de este deporte.

Al darse cuenta de la huida, el señor Gouset se llevó las manos a la cabeza.

—¡Esto va pasando ya de la raya! Busco a ese hombre para hacerle millonario y huye de mí como de la peste. ¿Por quién me habrá tomado?

El secretario trató de tranquilizarle con estas palabras:

—Si jugó en las carreras, es señal de que tiene afición a ellas, y si tiene afición es natural que corra.

Y bastó esta sencilla filosofía, para que el señor Gouset reanudara la persecución del afortunado marino, procurándose la colaboración de las amiguitas de Duke, las cuales, al oír lo de millonario, se quedaron

como el que ve visiones y rodeaban con curiosidad al señor Gouset.

—¿Vosotras le véis con frecuencia?

—Sólo nos visita cuando viene al Havre.

—En fin, lo que yo quiero es que me lo traigáis. La que me lo traiga tendrá quinientos francos de premio.

Al oír la cifra, cada una de aquellas muchachas se convirtió en detective instantáneamente.

III

Treparon al tejado de una casa, lo cual pudieron hacer sin grandes dificultades porque el edificio era antiguo y poco alto.

—¿Te parece que estamos seguros aquí? —preguntó Duke.

—Claro que estamos seguros. Por muy detectives que sean no se les ocurrirá ir por los tejados como los gatos.

—Parece que te contraría el que hayamos huído de los detectives.

—Lo que me contraría es haber huído de las muchachas.

—Supongo que no llamarás muchacha

al lobo de mar que tenías sobre las rodillas.

—No he podido escoger. Eres un acaraparador.

—Si es sólo eso lo que te disgusta no te preocupes. Esta noche tendrás una docena de muchachas.

—¿De veras?—dijo Axel alegrándose súbitamente, viéndose ya convertido en un sultán.

—Te lo prometo y cuando yo prometo una cosa...

—¡Qué grande eres, Duke!... Pero dime ¿cómo te las arreglas para hacer tantas conquistas?

—Es muy sencillo. Tengo dos procedimientos: o les canto una canción o les dirijo un par de párrafos sentimentales.

—“Soy un náufrago de la vida y busco el faro que me guíe y me ilumine”—remedó Axel.

—Ni más ni menos. No falla nunca. Dile eso a una mujer y caerá en tus brazos.

De pronto, los dos agudizaron el oído permaneciendo inmóviles y atentos. Has-



...viéndose ya convertido en un sultán.

ta ellos había llegado el tarareo de una cancioncilla francesa y en el susurro reconocieron una voz de mujer.

Cerca de ellos había un tragaluz y pudieron comprobar que por allí salía el armonioso y femenino rumor.

Axel se acercó al tragaluz a gatas y Duke le vió cómo se llevaba una mano a la frente cual si de pronto le hubiera acometido un desmayo.

—¿Qué pasa?—preguntó en voz baja.

Axel se acercó al tragaluz a gatas y Duke por señas y cuando éste llegó al borde del tragaluz, comprendió que Axel hubiera estado a punto de desvanecerse.

El tragaluz daba a un gabinete amueblado y decorado con esa frivolidad que distingue a los camerinos de las artistas de variedades.

Había un tocador a un lado.

Y sentada ante el tocador un bibelot en ropas muy íntimas. El bibelot era de carne. El bibelot era el que cantaba. Las breves y ceñidas sedas no llegaban al borde de la media a pesar de que éstas exploraban maravillosas blancuras y lo que no

se veía se adivinaba, que era lo mismo, o acaso peor.

Por si esto era poco, la cara de aquella criatura tenía una gracia y una expresión que invitaba a la irrespetuosidad.

Terminado el tocado se levantó sin cesar de cantar y comenzó a bordar con los pies un baile lleno de viveza y perfectamente ejecutado. Al mismo tiempo había alcanzado el vestido que estaba sobre una butaca y se lo ponía.

Duke y Axel se miraron estupefactos.

—¡Qué mujer, Duke!

—¡Qué mujer, Axel!

—Pero no podemos permanecer aquí—

—dijo éste cambiando de tono—. Pueden venir los detectives. Para que veas que te aprecio, te voy a hacer una proposición. Vete tú y yo me quedaré cubriéndote la retirada.

—El que se va a ir de aquí y ahora mismo vas a ser tú—replicó Duke resuelto a quedarse solo—. Con mucho gusto estaré haciendo el gato hasta que parta la “Diamante”.

Pero en este momento oyeron una voz

de hombre en el gabinete y esto les distrajo cortando la discusión.

Era un caballero de perilla, nariz afilada y ojillos negros y muy vivos. Tenía un lejano parecido con Lucifer.

Sin duda había penetrado en la habitación por sorpresa, pues la muchacha retrocedía hacia un rincón del gabinete, en tanto él la perseguía formulando palabras no del todo inteligibles, pero en las que se percibía un temblor apasionado.

—¡Váyase! He dicho que no quiero verle—protestó la muchacha.

—¡Calma, calma, pequeña!—repuso en voz alta el diabólico caballero—. Me he gastado mucho dinero invitándote a cenar y quiero cobrármelo de algún modo. De mí no se ha reído nunca una mujer.

La muchacha ya no podía seguir huyendo porque su espalda tocaba la pared y el caballero seguía avanzando, avanzando con un gesto que era una terrible amenaza para el honor de la joven. Ya sus brazos se ceñían al cuerpo femenino, ya forcejeaban para dominar a la rebelde, ya...

Pero sucedió en este momento algo que

no esperaba el caballero. Por el tragaluz cayó en medio de la habitación un hombre, un gigante vestido de marinero, que se acercó a él y le cogió por un hombro.

El marinero era Duke. Su mano pareció al desconocido y vehemente galán una tenaza. La joven estaba tan sorprendida que no se movió de su rincón ni pronunció una sola palabra.

—¿Quién es usted?—preguntó con grotesca energía el Lucifer de vía estrecha.

—Eso quiero yo saber: quién es usted. Y preguntó a la joven:

—¿Es su esposo, señorita?

Algo vió la muchacha en aquellos ojos que le inspiró confianza.

—¡Quiá! No, señor—repuso—. Es un pelma que no me deja ni a sol ni a sombra y al que detesto profundamente.

—Entonces, con su permiso, le voy a enseñar un nuevo procedimiento de acompañar las visitas a la puerta.

Le cogió de la trasera del pantalón y del cuello de la americana y lo condujo hasta el umbral.

Una vez allí abrió la puerta, le soltó y

le aplicó inmediatamente un puntapié en la prominencia media posterior, lanzándolo por la escalera con todas las características de un planeador humano.



—¿Es su esposo, señorita?

Apenas hubo cerrado la puerta, la encantadora muñequita se abalanzó sobre el gigante.

—Gracias, gracias. ¿Cómo podré pagarle el gran bien que me ha hecho?

—No tiene que agradecerme nada, señorita. Yo he venido al mundo para proteger al bello sexo, y más cuando lo de bello resulta una realidad como en este caso.

Axel que seguía atentamente la conversación desde el tragaluz, se preguntó extrañado:

—¿Dónde y cuándo habrá aprendido esta frase? Es la primera vez que se la oigo pronunciar.

—¿Cómo se llama?—inquirió la joven cada vez más cautivada por aquella franca sonrisa.

—Patricio Duke. ¿Y usted?

—Yo me llamo Fifi Dupre. Canto y bailo en el café "Coq d'Or".

—Ya decía yo que usted tenía que ser artista.

—¿Por qué?

—Porque la he oído cantar desde el tejado.

—Pero ¿estaba usted ahí arriba cuando yo cantaba?

—Sí... digo no... Estaba, pero no he

visto nada. Oía la voz pero no sabía de dónde venía.

—¿Entonces no me ha visto usted bailar cuando he ido a coger el vestido?

—¿Se refiere usted a cuando se ha levantado del tocador y dando unos pasos que parecían de charleston se ha acercado a la butaca?

—Sí.

—Pues no, entonces no la he visto.

—¡Ah!

En este momento oyó Duke un ruido en el tragaluz, levantó la cabeza y vió que Axel le hacía gestos incomprensibles.

Duke le dirigió una mirada furibunda que equivalía a un "si no te vas te ahogo" y al mismo tiempo le dijo por señas que se apartara del tragaluz, pero por primera vez desde que se conocían, Axel no temió a Duke y se quedó en el tragaluz.

—¿Ha dicho usted que cómo podría pagarme el haberla defendido de ese chimpancé?—preguntó Duke a Fifí, llevándosela a un lado del gabinete para que no viera a Axel en el tragaluz—. Pues bien, favor por favor, tenga la gentileza de can-

tar para mí lo que antes estaba tarareando mientras se arreglaba ante el espejo.

—¡Oh, va lo creo!—exclamó Fifí que no deseaba otra cosa que divertirse en compañía del arrogante marinero.

Y comenzó a cantar y a bailar como si estuviera en escena.

Sus brazos se movían, sus piernas se movían, se movía su cintura y se movían sus ojos y sus labios. Toda ella había sido animada de pronto por una movilidad llena de gracia que levantó el ánimo, ya bastante alto, de Duke.

Su cintura breve se doblaba con una flexibilidad de ballesta. Sus piernas finas y perfectas pasaban por delante de los ojos de Duke dándole la impresión de que estaba a dos palmos del cielo. Y, por si esto era poco, aquella voz sabía acentuar las notas de picardía de un modo tan gentil, que la palabra más dura hubiera resultado una fina gracia en los labios de la cupletista.

Quando terminó el número, Duke, entusiasmado, comenzó a aplaudir, pero tuvo que interrumpir en seguida los aplausos,

pues acababa de oírse a sus espaldas un extraño estrépito y Fifi miraba hacia el lugar del suceso con ojos desorbitados por la sorpresa.

Se volvió y vió que Axel estaba sentado en medio del gabinete y demostrando en su semblante que se hallaba todavía "groggy" a consecuencia de la caída.

—¿Qué haces aquí, imbécil?—le preguntó Duke con tono que presagiaba tormenta.

—Te estaba diciendo que preguntaras a Fifi si tiene alguna amiguita. Pero tú no me hacías caso. Me he querido asomar tanto para hacerme comprender por ti, que me he caído.

—¿Ha oído usted?—preguntó Duke a Fifi—. Todavía va a resultar que tengo yo la culpa.

—Ya veo que son ustedes amigos. Déjelo. Nos hará compañía. ¿Estaba paseando con usted por el tejado?

Duke estuvo a punto de decir que no le conocía, pero, al fin, exclamó en un rasgo de generosidad:

—Es un imbécil que no me deja ni a sol ni a sombra.

—No lo crea usted, señorita. Somos íntimos amigos. Es él el que me busca. Sin mí no sabría ir a ninguna parte.

Fifi contenía la risa a duras penas al ver aquella cara que tenía todas las características de una barra de pan sin cocer.

En cuanto a Duke no tenía el menor deseo de reír. Aquel imbécil de Axel le había interrumpido en el momento culminante de la escena, es decir, cuando Fifi acababa de mostrársele en toda la plenitud de su belleza y él la iba a invitar a que se sentara a su lado para decirle aquello de "Soy un náufrago de la vida".

Por eso miraba a Axel con ojos que eran más bien bocas de cañón.

—Oye, Axel—le dijo—. Ahora mismo vas a ir a comprar helados, ya que la señorita ha tenido la bondad de admitirte en su casa.

—A mí no me gustan los helados.

—Pero a mí sí—dijo Duke haciendo un breve y significativo gesto con el puño.

Axel no tuvo más remedio que obedecer.

cer. No era cosa de dejarse las narices en aquella aventura.

Y cuando Duke quedó a solas con aquel "bibelot" que le miraba con simpatía, dijo:

—Mientras Axel nos trae los helados, podemos tomar unas copitas de coñac o de lo que tenga usted en casa.

—Tengo coñac—repuso Fifi alegremente.

Y sacó una botella y dos copas.

A la segunda libación, la sangre de Duke cobró varios grados más de calor, que añadidos a los que antes tenía de exceso fueron causa de que, sin saber cómo, el marinero tendiera las manos al talle de la artista y la obligara a sentarse a su lado, en el sofá.

La cabeza de ella no llegaba al hombro de él. Habría podido tomarla en brazos como si fuera una muñeca, pero para eso era demasiado pronto.

Se contentó con decirle:

—Fifi, es usted encantadora. Esos cabellos tan negros y esos ojos tan azules



—Fifi, es usted encantadora.

dan a su belleza una extraña y poderosa satisfacción.

Fifí caía a toda prisa en sus brazos. Ya tenía entornados los ojos. El momento le pareció a Duke muy adecuado para decir:

—Yo soy el náufrago que...

Pero no pudo terminar. En este momento se abrió la puerta y asomó la cabeza de Axel.

—¿Qué clase de helados quieres, Duke?

—¡Es lo mismo, estúpido! ¡El caso es que sean helados!

Y tuvo que beberse otra copa de coñac para ponerse de nuevo en situación.

Por fin, halló el tono adecuado para la frase:

—Soy un náufrago de la vida y busco el faro que me guíe y me ilumine.

—¡Oh, Duke! Si estás solo yo puedo consolarte. También yo estoy sola.

—Sin duda, Fifí, hemos nacido el uno para el otro.

Se abrazaron y se dieron un beso.

Esto había sucedido cien veces en la vida de Duke, pero nunca como ahora.

Ahora sentía algo más que aquella inclinación hacia la mujer que le había creado un compromiso en cada puerto.

Ahora, aquellos ojos tan azules, bajo aquel cabello tan negro, no se habían detenido en la epidermis, sino que habían llegado al corazón.

V

Axel había determinado quedarse en la escalera. Si no tenía dinero ¿cómo podría comprar los helados? Además, bien sabía que a Duke no le interesaban los helados, sino que él permaneciera alejado de la habitación, para poder decir a sus anchas aquello de:

“Yo soy un náufrago de la vida”.

De pronto, vió que subía la escalera una mujer algo entrada en años, pero más entrada en carnes, y como en la casa no había más piso que el de Fifi, le preguntó:

—¿Va usted al piso de la señorita Fifi?

—Sí, señor. Soy su doncella.

—Pues si quiere usted un consejo siéntese a mi lado.

—Yo no acostumbro sentarme en el suelo. La señorita Fifi tiene muy buenas butacas.

—Si va usted arriba, la mandarán por helados. Estoy seguro.

—¡Qué disparate! A la señorita Fifi no le gustan los helados.

—Haga usted lo que quiera.

—¡Naturalmente!

Dicho esto, subió hasta la puerta del piso de Fifi y la abrió disponiéndose a entrar. Pero en el umbral se detuvo. En efecto, la señorita no estaba en aquel instante para recibir visitas. Su cabeza se apoyaba en el hombro de un marinero que hablaba de naufragios. Pero como los dos se habían vuelto al oír la puerta, se creyó en el caso de justificar su inoportuna llegada.

—¿Desea usted algo, señorita?

—Sí, Polly—repuso Fifi inmediatamente—. Ve a comprar unos helados.

Polly se quedó como quien ve visio-

nes. Era la primera vez que su señorita le había hecho encargo semejante.

Cerró la puerta y, comprendiendo que cuanto más se alejara de ella más se lo agradecería su señorita, se fué escaleras abajo.

—¿Qué?—le preguntó Axel.

—Tenía usted razón—. Me ha mandado a comprar helados.

—¿Ve usted?—dijo el marinero comprobando el volumen de aquellas prominencias que miradas desde abajo parecían montañas horizontales—. Supongo que ahora me creerá usted y se sentará a mi lado.

Polly no se negó. ¿Cómo resistirse a un mandato de aquel hombre que tenía facultades de mago?

Se sentó y Axel, que aunque no lo había dicho nunca las prefería voluminosas, le espetó aquello de:

—Yo soy un náufrago de la vida...

* * *

Ante la pareja que había convertido en sofá un escalón, apareció un caballero de aspecto un tanto extravagante.

—¿Adónde va usted?—le preguntó Axel.

—Es el profesor de piano de la señorita—dijo Polly.

—No importa—manifestó el marinero—. Si usted, señor, no quiere que le manden por helados, no vaya a casa de la señorita Fifí.

—¡Oh, qué bromista!—exclamó el maestro de música conteniendo una carcajada que parecía más bien un grito de ratón.

Y subió al piso de Fifí.

Su presencia no fué oportuna pero tam-

poco extremadamente molesta, pues Fifi y Duke se habían dicho ya todo lo que tenían que decirse.

La artista le presentó.

—Mi amigo Duke... Charlot, mi profesor de piano.

Pero Duke y Charlot, indiferentes a lo que Fifi acababa de decir, se miraban fijamente.

—Pero si eres tú, amigo Duke.

—¡Hola, camarada!

Y se abrazaron efusivamente.

—¿Pero se conocen ustedes?

—¡Ya lo creo!—repuso el maestro de música—. Su amigo, querida Fifi, me salvó la vida en las trincheras. ¡Es un valiente! Pero no hay tiempo que perder, Fifi. Arréglese. La fiesta de la boda de su hermana va a comenzar.

—Si molesto me retiraré.

—No, señor; usted viene con nosotros, Duke—dijo la artista—. Mi hermana se casa esta tarde y no tengo más remedio que asistir a la fiesta. Está usted invitado.

Las últimas palabras las había pronunciado ya detrás de un biombo por encima

del cual comenzaron a salir como proyectiles prendas de vestir que olían a rosas.

Y ya estaban preparados para partir, cuando Axel abrió tímidamente la puerta.

—No puedo comprar los helados porque no tengo un céntimo.

—Lo que tienes que hacer ahora—replicó Duke— es ir a buscar un taxi.

Axel se apresuró a obedecer y se sentó al lado del chofer, de donde no se levantó hasta que llegaron al merendero donde había de celebrarse la fiesta que sería preámbulo de una boda.

—¿Tiene mal genio?—preguntó Axel prudentemente.

—Ese no tiene genio ni nada.

VI

El novio no había llegado todavía, pero estaba allí la novia y eso fué suficiente para que Axel se considerara feliz, pues se enamoró de golpe y porrazo de la hermana de Fifí, y como desde que había aprendido aquello de “Soy un náufrago de la vida” se atrevía hasta con las estatuas, aprovechó la primera ocasión propicia para decirle cuatro cosas al oído.

La muchacha no sólo dispensó a Axel buena acogida sino que le confesó que no amaba al que, por imposición de sus padres, iba a ser su marido.



...llegaron al merendero...

—¿Fuerza tampoco?

—Menos que un mosquito.

—Entonces, dulce novia, permítame que le haga una confesión.

Y le soltó lo del naufragio.

—¡Oh!—suspiró la cuitada—. ¿Por qué no nos habremos conocido antes?

Entretanto, el maestro de música dirigía una pequeña orquesta y algunas parejas bailaban. Entre ellas figuraban Fifi y Duke.

Pero Fifi tuvo que dejar de bailar para atender a una legión de arrapiezos que la llamaban por su nombre.

—Un momento, Duke. Verá qué pronto se tranquilizan.

Y, con maternal solicitud, los instaló en una pequeña mesa y puso delante de cada uno una buena taza de chocolte.

Duke estaba asombrado. No podía sospechar qué detrás del frívolo exterior de la bailarina se ocultaran sentimientos tan delicados.

—¿Acaso son hermanitos suyos?—le preguntó el marinero.

—¡Oh, no! Son los niños del barrio donde viven mis padres. Había dicho a mi hermana que los trajera.

—Por lo visto, ama usted a los niños.

—Sí, los quiero mucho. ¡Algunos sufren tanto mientras nosotros nos divertimos!

En este momento, gritó el director de orquesta:

—Atención, señores. Al tercer toque de clarín, las mujeres echarán a correr y los hombres seguirán cada cual a su preferida. Si la alcanzan, ella habrá de obsequiar al perseguidor con un beso.

Sonaron los tres toques de clarín y el maestro de música pudo comprobar que su idea había tenido un éxito que superaba lo previsto. Hasta los músicos echaron a correr, atraídos por el revuelo de las faldas. Se quedó solo con los niños que tomaban chocolate.

* * *

Naturalmente, Duke echó a correr detrás de Fifi y hubiera podido alcanzarla en seguida, pero lo dejó para cuando estuviera bastante lejos del merendero.

La cogió al pie de un árbol alrededor del cual ponían otros una barrera protectora.

Allí besó a Fifi muy emocionado y le hizo una declaración espontánea y propia que no tenía nada que ver con la consabida frase del naufragio.

Y cuando Fifi estaba casi convencida de que el simpático marinero hablaba con sinceridad, vió que por el escote de su chaqueta asomaban unas letras verdes.

Bajó el escote cuanto pudo y leyó un nombre de mujer, y al lado otro, y otro cruzado con éste, y otro y otro.

Los nombres estaban tatuados de modo que no se podían borrar y eran los de algunas de las novias que Duke había tenido en los diferentes puertos mundiales.

—¡Oh! ¿Qué significa esto?

—Son los nombres de mi familia.

—Es extraño que en tu familia no haya más que mujeres.

—Fifi, no pienses mal. Te aseguro que a nadie he querido como te quiero a ti.

—¡A cuántas les habrás dicho lo mismo! Déjame. No quiero saber nada de ti. Me voy al café. Es la hora.

—Y yo me voy contigo.

—No quiero tu compañía. Bastante te has burlado ya de mí.

Y por muchos esfuerzos que hacía Duke no lograba hacer entrar en razón a la linda Fifi.

* * *

No lejos de aquel recogido lugar acababa de suceder otro drama semejante. Había llegado el novio en su auto de propiedad. Se veía a la legua que era un infeliz del que no podía enamorarse ni una gallina.

Las parejas que habían ido regresando al lugar de la fiesta, le recibieron con una cariñosa ovación y entonces él, en pie en medio del auto, que era descubierto, les dirigió un discurso acerca de lo difícil que era encontrar una mujer capaz de guardar fidelidad a su esposo y de la suerte que había tenido él al encontrarse con Babette.

Y comenzó a dar gritos:

—¡Babette, mi Babette!

Pero Babette seguía detrás de un macizo, en amoroso coloquio con Axel, el cual si



...y le hizo una declaración espontánea...

bien es verdad que era feo, decía al menos cosas bonitas y era hombre que había corrido mucho mundo.

—Pero ¿dónde está Babette?

El padre contestó con cierta inquietud:

—La hemos visto salir corriendo detrás de una vaca, pero no la hemos vuelto a ver.

—¡Oh! Puede haberle sucedido alguna cosa. Vamos a buscarla.

Y el padre pensó:

—Me parece que al que le ha sucedido una cosa mala es a ti.

Después de mucho buscar, la encontraron al lado de Axel y en el preciso instante en que se daban un beso peliclesco.

—¡Oh, qué desgracia!—exclamó el novio—. La creí fiel y me toma el pelo el mismo día de la boda.

Y comenzó a golpear a Axel con el ramo de flores.

El marino se escabulló y el padre cogió a Babette por una oreja y la obligó a pedir perdón a su prometido.

Y como la muchacha lo hizo así y el pobre novio estaba enamorado hasta los tuétanos, perdonó.

VII

Y aun había de suceder lo más terrible de la fiesta.

Cuando Axel huyendo del novio y Duke persiguiendo a Fifí, llegaron al merendero, vieron allí a los señores Gouset y Pomdeter que les esperaban anhelantemente.

—¡Los detectives!—gritó Axel.

Duke quedó un momento perplejo, sin saber qué determinación tomar, pero de pronto cogió a Fifí por la cintura, la depositó en el auto de su futuro cuñado, se

sentó él ante el volante y emprendió una furiosa carrera al mismo tiempo que el barbudo caballero llegaba al auto, sin duda, según opinión de Duke, con la intención de ponerle las esposas.

Axel también había subido al automóvil y así pudieron llegar los tres sanos y salvos al café "Coq d'Or".

Fifí se dirigió al camerino y los marinos se instalaron en el salón del público para verla bailar.

—Esa muchacha me tiene loco, amigo Axel—dijo Duke.

—¿En qué sentido?—exclamó Axel alarmado.

—En el mejor sentido: en el del amor verdadero.

—¡Pobre Duke! Has caído en la red. A todos los donjuanes os pasa lo mismo. Corréis muchas aventuras y al fin tropezáis con una aventurera que la corre con vosotros.

—Fifí no es una aventurera.

—Fifí, como todas las de su clase, no tiene más que una pasión: el dinero.

—Conmigo es absurda esa suposición. No tengo más que lo que gano, que por cierto es muy poco.

—En eso tienes razón.

Salió Fifí a bailar y Duke pasó un momento de malestar al ver que todos la conocían y la llamaban por su nombre.

Pero aun sucedió algo peor para los marinos.

De pronto entraron por la puerta lo menos treinta muchachas, todas las que estaban con ellos en un modesto cabaret cuando llegaron los detectives y ellos escaparon por los tejados.

Las muchachas se dirigieron a Duke con gran algazara y le rodearon alegremente. Cada una le cogió por una parte del cuerpo.

—¡Ya le tenemos, ya le tenemos!—gritaban.

Al ver aquello, Fifí dejó de bailar y se acercó al grupo con los ojos llameantes de celos.

—¿Son también de la familia estas mujeres?—preguntó con sarcasmo.

—Si es usted su novia no piense mal de nosotras. Si hemos venido por él ha sido porque nos han ofrecido quinientos francos por cogerlo.

—¿Quién?—preguntó Duke aterrado.

—Un caballero que tiene una barba muy espesa y muy larga.

—¡Oh, estoy perdido!

Y añadió dirigiéndose a Fifi:

—Fifi, no nos volveremos a ver más. Esos hombres son dos detectives que me buscan para saldar cierta cuentecilla pendiente que tengo con la justicia. Adiós, pero sabe que te amo como no he amado nunca a ninguna mujer.

—¡Oh, Duke! Perdóname si he pensado mal de ti. Yo también te amo.

Entraron en este momento los *detectives*.

—¡Hombre, gracias a Dios que hemos logrado que nos oiga!

Y añadió el señor de la barba:

—¿Es usted Patricio Duke?

—Sí, señor.

—Pues bien, aquí tiene usted un cheque por valor de un millón de dólares. Lo ganó en las carreras de Longchamps.

Duke, Alex y Fifi se quedaron como quien ve visiones.

Alex, sin poderse contener, se arrojó sobre el caballero de la barba y le dió un formidable abrazo.

Lo mismo hizo Duke con Fifi.

Pero las muchachas comenzaron a gritar:

—¡Queremos los quinientos francos!
¡Queremos los quinientos francos!

—Tendréis mil—repuso Duke—. Pero callad y escuchadme. Me voy a casar inmediatamente con esta señorita. Estáis todas invitadas a la boda. Por lo pronto vamos a celebrar una fiesta cuyos ecos van a llegar a Nueva York... ¡Que cierren las puertas del café! ¡Lo queremos para nosotros solos! ¡Que saquen todo el champaña que haya en el Havre!

Y terminó, cogiendo a Fifi y levantándola de modo que la boca de ella quedara a la altura de la de él:

—¡ Viva Fifi!

—¡¡¡ Vivaaaa!!!

Y casi tan fuerte como este viva fué el beso que se dieron los novios.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

**Vea usted la transformación
operada en
LOS GRANDES FILMS
de la Novela Semanal Cine-
matográfica, cuyo título actual es**

Los Grandes Films mudos y sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes.
Diez grandes ilustraciones en el
texto

Primer número:

EL VALS DE MODA

(Film sonoro GAUMONT)

Segundo número:

SIETE CARAS

(Film sonoro FOX)

Portada a color • Precio: 50 cts.

Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Orquídeas salvajes
El caballero
Egoísmo
La máscara del diablo
El pan nuestro de cada día
Vieja hidalguía
Posesión
Tentación
La pecadora
El beso
Ella se va a la guerra
Los hijos de nadie
El pescador de perlas
Santa Isabel de Ceres
Las dos huérfanas
La Canción de la Estepa (agotándose)
El precio de un beso

Acaba de aparecer:

LA RAPSODIA DEL RECUERDO

por Lois Moran y Joe Wagstaff



PRÓXIMAMENTE:

Con motivo del número 500 de LA
NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA, grandes novedades.

Muy pronto:

La revista más popular

Mudo y sonoro

Director: **Francisco-Mario Bistagne**

Selecta colaboración; Don Cinema, Andrés Bayón, Regina Opisso, Martínez Rizo, Linares Lorca, F. Pérez Capo, José María Huertas y Ventosa, Tomás, Farrell, etc.

Secciones femenina e infantil, cuentos, novela, interviús, curiosidades.

Portada a color · Precio: 30 cts.



Gran éxito de la nueva publicación

NOVELA TEATRAL

Novelación de las más
famosas obras teatrales

Primer número:

El proceso de Mary Dugan
2 ediciones

Segundo número:

LA MADRE, de Santiago Rusiñol

Próximo número:

La florista de la rambla

Novela inspirada en la obra de A. Roure
(Premio Mirador)

¡Novedad insuperable!

Lujosa presentación

Precio: **30 cts.**

La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto

- Número 1: **Puertas cerradas**, por Virginia Valli.—Postal-bicolor: JANET GAYNOR
Número 2: **Madre pecadora**, por Irene Rich.—Postal-bicolor: CHARLES FARRELL
Número 3: **Estrella simbólica**, por George O'Brien y Sue Carol.—Postal-bicolor: MARY DUNCAN
Número 4: **La Losa del Pasado**, por Donald Keith y Helen Foster.—Postal-bicolor: EDMUND LOWE
Número 5: **La mujer de Satanás**, por Marcela Albani y Jack Trevor.—Postal-bicolor: POLA NEGRI
Número 6: **Jimmy, el misterioso**, por William Haines y Leila Hyams.—Postal-bicolor: MAURICE CHEVALIER
Número 7: **Nueva mujer, nueva vida**, por Dorothy Sebastian, Pat O'Malley y Harry Murray.—Postal-bicolor: JULIETTE COMPTON
Número 8: **Amanecer**, por George O'Brien y Janet Gaynor.—Postal-bicolor: CHARLES MORTON
Número 9: **Tras la cortina**, por Lois Moran, Warner Baxter, etc.—Postal-bicolor: FAY WRAY
Número 10: **Los misterios de Londres (La divina pecadora)**, por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford.—Postal-bicolor: DAVID ROLLINS
Número 11: **En la vieja Arizona**, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe.—Postal-bicolor: MARY PICKFORD
Número 12: **Honrarás a tu madre**, por Mary Carr.—Postal-bicolor: GARY COOPER
Número 13: **Nobleza bafurra**, por Ivo Alcubierre.—Postal-bicolor: GRETA GARBO
Número 14: **Su Majestad El Amor**, por Harry Liedtke, Edda Croy.—Postal-bicolor: JOHN MAC BROWN
Número 15: **Amor siniestro**, por Renée Adorée, Thomas Meighan, etc.—Postal-bicolor: ESTHER RALSTON
Número 16: **Eugenia Grandet**, por Rodolfo Valentino y Alice Terry.—Postal-bicolor: NEIL HAMILTON
Número 17: **Ana contra el mundo**, por Shirley Mason y Jack Mower.—Postal-bicolor: LEILA HYAMS
Número 18: **La hermana blanca**, por Lillian Gish y Ronald Colman.—Postal-bicolor: RAMÓN NOVARRO
Número 19: **De mujer a mujer**, por Betty Compson y Olive Brook.—Postal-bicolor: ANITA PAGE
Número 20: **Mujeres frívolas**, por Bárbara la Marr y Ramón Novarro.—Postal-bicolor: MONTE BLUE
Número 21: **No me olvides**, por Bessie Love y Gareth Hughes.—Postal-bicolor: BARBARA LEONARD

Mujer:

Mudo y sonoro

será tu semanario cinematográfico

Hermosas páginas femeninas

No dejes de comprarle

2 GRANDES
ÉXITOS:

La Novela Adán-La Novela Eva

Publicaciones semanales de asuntos frívolos

Sugestivas portadas en color

e ilustraciones en el texto

Precio: **30 céntimos**
